

Campaña de maquillaje (y 2)

(El Correo, 5. 03. 2004)

En el artículo anterior procuré mostrar los tramposos ejercicios de maquillaje a los que se entrega el Gobierno Vasco en su campaña sobre las víctimas del terrorismo. Añadiré ahora que tantas capas de crema facial, además de adecentar en lo posible el rostro de una Euskadi al que podamos mirar sin excesiva vergüenza, pretenden ciertos objetivos finales. Uno diría que sectarios.

Primero se busca la ‘concentración’ de toda la culpa, de cuantos males padece esta sociedad, en esa banda terrorista que amenaza atentar contra nuestra vida y derechos. Su símbolo sería la bala. Fuera de lugar queda entonces toda pregunta acerca de la complicidad de los nacionalistas, gobernantes o radicales, con la banda armada: complicidad o connivencia directa, como el Pacto de Estella, o indirecta, como revelan innumerables políticas conjuntas encaminadas a la construcción nacional. Después se emprende una inicua ‘difuminación’ de la responsabilidad político-moral entre todos los ciudadanos, igual que si no hubiera diferencia entre ellos en el modo como han consentido o adornado esta situación. Tal representa el lápiz de labios. Así se llega, por último, al ‘ocultamiento’ de la responsabilidad propia e incomparablemente mayor de unos partidos nacionalistas instalados en el Gobierno durante un cuarto de siglo. Y estas tremendas conclusiones no es que se desprendan sin esfuerzo del anuncio en cuestión; están expresamente enunciadas por el señor Ibarretxe al estrenar la campaña.

Un futuro como el pasado

¿Cómo explicarse la súbita conversión oficial en esta materia? Ante el reproche de que las instituciones vascas han reaccionado con enorme tardanza en favor de las víctimas, vienen las frases hechas que apenas encubren la falta de reconocimiento de la propia culpa. “Todos debemos aprender del pasado”, replicará a la defensiva el lehendakari. Ciertamente, aunque llama la atención que gentes tan aficionadas a inventarse míticos y remotos pasados tarden decenios en afrontar pasados mucho más recientes y conocidos. Pero, una vez más,

¿acaso ‘todos’ debemos aprender de nuestro pretérito político con la misma urgencia, como si cada cual cargáramos con parecido fardo de colaboración o mutismo culpables a nuestras espaldas? Y para aprender del pasado, ¿no será preciso aprestarse a reparar lo que la memoria colectiva nos recuerde de sufrimiento injusto? ¿Acaso podrá obtener alguna enseñanza del pasado quien, por si acaso y de antemano, rechaza asumir la parte de responsabilidad que le corresponda en ese caudal de sufrimiento? En esta marrullera política de escaparate admitir culpas y pedir perdones serían gestos de debilidad ante el adversario. Que los muertos entierren a los muertos; y con mayor razón, por cierto, unos muertos que apenas eran de los míos...

Parece claro que el principal interés del lehendakari no es satisfacer la justicia anamnética (o por la memoria), esa que pretende devolver -ya que no su vida trunca- al menos su dignidad o su verdad a las víctimas injustas del pasado. Ahora “se trata de mirar al futuro”, anuncia. ¿Y qué futuro nos aguarda a todos, si las víctimas carecen de porvenir mientras se les rehúse la confesión del daño que les causaron? No es cosa sencilla la de mirar, un acto que descubre un paisaje u otro según la orientación que adopte la mirada; veremos el futuro conforme hayamos interpretado el pasado y estemos encarando el presente. Es aquí donde el escamoteo de su compromiso por parte de los nacionalistas no permite hacerse ilusiones. Si probaran a acercarse a las víctimas y aliviar su dolor..., no estarían empeñados en preparar un futuro desde los mismos presupuestos políticos que originaron aquellas víctimas en el pasado.

Despolitizar los crímenes políticos

Con vistas a diluir las particulares responsabilidades políticas hacia las víctimas, nada mejor que despolitizar toda responsabilidad de los crímenes. Por eso nos advierte Ibarretxe de que el Gobierno Vasco ha querido sacar esta cuestión del “circuito político y electoral en que había entrado”. Presenta así como un gesto noble lo que resulta a todas luces una maniobra deshonesto y tramposa.

Pues hemos de politizar lo que es político y el de las víctimas del terrorismo es un problema esencialmente político. Han sido y son hechas víctimas desde un proyecto

público que algunos convecinos desean para nuestra comunidad, alardeando de unos hipotéticos derechos, en nombre de un presunto Pueblo; en suma, con vistas a nuestro supuesto bien colectivo. Sus matadores no son ni unos locos de atar ni unos vulgares criminales, sino unos criminales movidos por creencias y aspiraciones políticas. Ya eso sólo convierte a sus presas en víctimas mayores y más graves que las víctimas privadas; por contraste con cualquier delito particular, este delito público nos interpela como ciudadanos. De suerte que, al tiempo que condenamos una empresa política cuyo avance -¡en democracia!- exige un coste de tantas víctimas, hemos de declarar también la injusticia de los principios normativos y la concepción del bien común invocados por el asesino, .

Además de inevitable, será incluso conveniente que ese tratamiento político fuera partidista. ¿Significa esto que los partidos con más pérdidas personales habrían de obtener réditos políticos proporcionales a su sangría? Significa sobre todo que la reflexión sobre las víctimas tendría que servir para mostrar qué parte de la ciudadanía vasca y qué clase de conciencia colectiva, aun en plena vigencia de las libertades civiles , han sido condenadas al sacrificio y cuáles otras han sacado tajada de ese sacrificio. Y así, para aprender de qué parte se halla con mayor probabilidad entre nosotros el programa civil más acorde con el principio democrático. Esto no gustará a todos, naturalmente, pero cada palo habrá de aguantar su vela.

El partidismo del olvido

Al prohibir este partidismo necesario, el nacionalista escoge otro mucho más sucio y soterrado. “Las diferentes opciones políticas -pregona el lehendakari- no pueden ser un impedimento para que podamos defender juntos a las víctimas”, y ello de nuevo recubre con una vitola de ecuánime disposición lo que es otro engaño. Las diferentes opciones políticas ni pueden ni deben defender juntos a las víctimas, mientras no se proclame por todo lo alto que las responsabilidades de cada una respecto de las víctimas son también diferentes. En lugar del borrón y cuenta nueva, algunas deben hacer examen de conciencia y propósito de la enmienda con más premura que otras. Es verdad que a favor de la amnesia cuentan con nuevas generaciones olvidadizas y el paso del tiempo, que todo lo cura y cicatriza, pero eso sería contar con la pura y simple inmoralidad.

El nacionalismo vasco, en definitiva, ha de saber que no vale jugar con dos barajas, proteger a los amenazados y a la vez amparar a esos que hoy mismo volverían gustosamente a amenazarlos. Que no tiene legitimidad alguna para arrogarse la defensa de las víctimas cruentas de hoy quien está dispuesto a crear numerosas víctimas incruentas mañana. Pues no sólo se violan los derechos humanos cuando es ETA la que acosa, sino también -otros derechos- cuando un proyecto político de secesión pretende que la mitad menos uno de los vascos quede a merced de la mitad más uno. Entonces es el propio Gobierno quien amenaza a sus ciudadanos.